

HISTORIA JENERAL  
DE CHILE

POR

DIEGO BARROS ARANA

---

TOMO IX

---

SANTIAGO  
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

—  
1888

ció por este último dictámen. El 7 de mayo rompía la marcha su ejército en pequeñas divisiones, arrastrando con dificultad sus cañones i sus pertrechos. El jeneral Pareja, que apenas podía montar a caballo, salía el día siguiente rodeado por su estado mayor. Aquella retirada tenía todo el aspecto de una fuga.

«Cuando el ejército realista salió de Linares, dice el ayudante de Pareja, ya no constaba mas que de mil quinientos a dos mil hombres, i aun muchos se quedaban rezagados por el cansancio i caían prisioneros del enemigo. Ese ejército, a haber sido mandado por un jeneral intelijente, habria entrado sin duda alguna triunfante en Santiago. Se componia de cuatro batallones, tres de ellos veteranos, que aunque nunca se habian batido, tenían las mas esenciales circunstancias de la milicia, que son la disciplina i la subordinacion a sus superiores. Esta última se barreó en las ocurrencias de las orillas del Maule porque casi todos los oficiales de Chiloé estaban persuadidos, como los soldados, de que se les llevaba vendidos. Puede por tanto decirse que la sorpresa de Yerbas Buenas privó en cierto modo al ejército realista de la victoria que indudablemente habria obtenido con solo haber pasado el Maule. Esta verdad se demuestra con los sucesos posteriores (76).» En efecto, al abrirse la campaña de 1813 todas las ventajas militares estaban de parte de los realistas, no por su número sino por su organizacion; pero el combate nocturno de Yerbas Buenas que en sí mismo habia sido un desastre de las armas patriotas, fué por las consecuencias que hemos espuesto en todos sus accidentes, i contra toda prevision, el orijen de un cambio completo en la situacion respectiva de los dos combatientes. Desgraciadamente, como vamos a verlo, no se supo sacar de estas circunstancias las ventajas que habria sido fácil alcanzar.

10. Comba- 10. El jeneral patriota tuvo el 9 de mayo noticias se-  
te de San guras de la retirada del ejército realista, de la disminucion  
Carlos. de sus fuerzas i de que Linares i toda su comarca quedaban sin un solo enemigo. Las fuerzas chilenas reunidas en el campamento de Can-

---

(76) Apuntes citados del jeneral Quintanilla. Este juicio fundado en los hechos, es el mismo que han dado los otros cronistas de esta guerra. El historiador español don Mariano Torrente que escribía quince años mas tarde en Madrid su *Historia de la revolucion hispano-americana* bajo el dictado, puede decirse así, de los jefes i oficiales que habian hecho esas campañas, dice a este respecto lo que sigue: «Aunque de ningun modo fué esta jornada (Yerbas Buenas) bochornosa a las armas del rei, se debe considerar sin embargo como orijen de todas las desgracias que éstas experimentaron sucesivamente.» Tomo I, cap. 28, páj. 374.

cha Rayada, mientras tanto, habian seguido incrementándose con los refuerzos que llegaban de Santiago, i ascendian a cerca de diez mil hombres. Contaban tres batallones de infantería (77), un cuerpo de artillería con doce cañones, dos de caballería de línea (78), i los rejimientos de milicias montadas de casi toda la provincia de Santiago i de una gran parte de la de Concepcion, formando estos cuerpos de milicianos un total de mas de siete mil hombres. Ese ejército, considerable por el número, era débil por su mala organizacion. Dos de los batallones de infantería tenian escasísima instruccion, por haber sido acuartelados hacia poco tiempo; i aun el de granaderos, que contaba mas de dos años de existencia, no habia recibido, por las causas que hemos recordado antes, la disciplina conveniente. En los principios de la campaña, en las mismas orillas del Maule, se habian hecho sentir en ese cuerpo actos de insubordinacion nacidos de la indisciplina de los oficiales i de los soldados. La artillería, por la incompetencia de la tropa i por los defectos de su material, no servia de gran cosa. Los cuerpos de línea de caballería, aunque regularmente armados i vestidos hasta con cierto lujo, carecian tambien de una regular disciplina; pero todavia eran inferiores las milicias, entre las cuales habia cuerpos enteros que habian formado pocas veces. Carrera, que durante mas de un año de gobierno no habia dado a la instruccion del soldado la importancia que merecia, contaba sobre todo con el número; i no habia cesado de pedir refuerzos a Santiago i a los otros distritos para incrementar su ejército. Sin embargo, las marchas i contramarchas de sus tropas en las orillas del Maule, i sobre todo la retirada hacia el norte para reconcentrarlas en el campamento de Cancha Rayada, le habian demostrado los inconvenientes de la indisciplina, haciéndole ver que las grandes masas de jente sin preparacion militar son casi siempre un estorbo, i con frecuencia, causa de desórdenes i contratiempos.

---

(77) Eran éstos el de granaderos, cuyo mando habia vuelto a tomar el brigadier don Juan José Carrera, con fuerza de 600 hombres; el de infantes de la patria, mandado por don Santiago Muñoz Bezanilla, compuesto de 300 hombres, i el de voluntarios de la patria, cuerpo de nueva creacion que llegó a Talca el 9 de abril bajo el mando de don José Antonio Cotapos, con cerca de 300 soldados, casi todos reclutas con escasísima preparacion militar.

(78) Los cuerpos de caballería de línea eran el de húsares de la gran guardia, que tenia por jefe al mismo jeneral don José Miguel Carrera, i el de la guardia jeneral, mandado por don José Antonio Díaz Muñoz. La disciplina de estos cuerpos era mui deficiente; pero todavia era inferior la de las milicias, en su mayor parte armadas solo de lanzas.

Cuando las inesperadas desgracias del ejército realista hicieron conocer a Carrera las ventajas de su situación i a determinarlo a emprender la persecución del enemigo, trató de dar a las fuerzas de su mando una organización mas práctica. Dejó subsistente la distribución de las tropas de línea en las mismas divisiones que habia formado antes, i apartó de las milicias de caballería cuatro brigadas de seiscientos hombres, dos de las cuales fueron puestas bajo el mando de los coroneles don Bernardo O'Higgins i don Luis de la Cruz. Algunos de los cuerpos milicianos fueron encargados de dirigir i custodiar las cargas de municiones, i otros debian permanecer en Talca, donde quedaba el coronel don Juan de Dios Vial, encargado de formar una nueva division. Todos los milicianos fueron pagados allí, como las tropas de línea, de los sueldos que les correspondian.

Al fin, el 11 de mayo, la primera division, mandada por don Luis Carrera, pasó el río Maule i avanzó hasta Linares sin encontrar enemigos en ninguna parte. El día siguiente rompieron la marcha las otras dos divisiones con la misma dirección. Para evitar embarazos i retardos, Carrera habia dispuesto que los oficiales no llevasen mas equipaje que el que podian trasportar en sus mochilas. En Linares, Carrera hizo desmontar a una parte de las milicias para dar los caballos a los soldados de infantería, a fin de que éstos no se atrasasen en el camino. Pero a pesar de estas precauciones, la marcha, por la indisciplina de la tropa i de los mismos oficiales, se hacia con poco orden. Además de esto, desde el 12 de mayo se descargaron lluvias fuertes i continuadas que parecian anunciar un invierno rigoroso. A pesar de todo, el entusiasmo de muchos de los oficiales i el ánimo incontrastable, superior a las fatigas i a las privaciones, que caracterizan al soldado chileno, los hacian sobrellevar esos sufrimientos sin abatirse. Un destacamento de la primera division, compuesto de 250 jinetes que mandaba el capitán don Diego José Benavente, quitó a la retaguardia del enemigo, en Longaví, cerca de dos mil vacas éste que habia tomado por requisición i que fueron devueltas a sus dueños. En la villa del Parral, que los realistas acababan de abandonar, la vanguardia patriota incorporó en sus filas a algunos rezagados del ejército enemigo, entre los cuales se presentó el coronel don Juan Urrutia, a quien sus compañeros seguian acusando de traidor (79). Por fin, al llegar al estero de Budi, a unos diez kilómetros de la villa de San Carlos, donde se hallaba el ejército

---

(79) El cónsul Poinsett, que marchaba en la vanguardia del ejército patriota, sirvió de mediador para disculpar al coronel Urrutia ante el jeneral Carrera por los

realista, Benavente se apoderó de un carro de equipajes de éste i tomó sesenta prisioneros de su retaguardia.

La retirada de los realistas se hacia cada dia mas angustiosa. El jeneral Pareja, abatido por tantas contrariedades, teniendo a veces que soportar las contradicciones de los mismos jefes de su ejército, i agobiado ademas por sus dolencias físicas, cuya gravedad no era posible disimularse, habia hecho las últimas jornadas del camino reclinado en una camilla que sus soldados llevaban a hombros (80). El 14 de mayo se hallaba en San Carlos impedido para continuar su marcha por causa de la lluvia que no cesaba de caer. Allí se presentó don Manuel Vega, ayudante mayor de la primera division del ejército patriota, acompañado por un tambor, i tomando los aires de parlamentario, para intimar rendicion al enemigo, bajo la amenaza de tratarlo con el mayor rigor en caso de que insistiera en una inútil resistencia. Introducido a la presencia del jeneral en jefe, que se hallaba en cama, oyó de boca de éste una nueva declaracion de los propósitos pacíficos que lo habian traído a Chile, i en seguida recibió orden de esponer sus pretensiones al mayor jeneral don Ignacio Justis i al intendente de ejército don Matías de Lafuente. Esta negociacion, iniciada de una manera tan irregular, pareció por un momento próxima a producir efecto. Los realistas conocian de sobra los peligros de su situacion, i aunque sentian una gran repugnancia en reconocer i dejar en pié el gobierno implantado en Chile por la revolucion, habrian querido llegar a cualquier arreglo medianamente decoroso que los salvase de un desastre que parecia inevitable. Exijieron del pretendido parlamentario que exhibiera poderes para tratar, i cuando horas mas tardé se presentó con una intimacion en regla firmada por don José Miguel Carrera, se limitaron a pedir que se celebrase una conferencia de plenipotenciarios de uno i otro lado

---

servicios que habia prestado anteriormente a los realistas, cuyas desconfianzas i ofensas lo habian obligado a abandonarlos.

(80) El ayudante de Pareja (don Antonio Quintanilla), da cuenta en los apuntes tantas veces citados, del abatimiento a que habia llegado ese jefe i de los motivos que agravaban su malestar. «El jeneral Pareja, dice Quintanilla, se hallaba gravemente enfermo a consecuencia de la situacion del ejército i de lo que sufría su pundonor. Se agravó mucho el dia ántes de entrar en San Carlos, porque habiendo mandado fusilar a un soldado del batallon de Valdivia, se opuso el comandante de este cuerpo don Lucas Molina, queriendo que ese soldado fuese sometido a juicio, aunque estaba comprobado que habia intentado dar muerte a un oficial. Este último incidente puso al jeneral en tal situacion, que agravándose sus enfermedades, fué necesario trasportarlo en un guando.»

para discutir el convenio. El jeneral patriota, por su parte, convencido de su superioridad i del quebrantamiento del poder del enemigo, creyó que un vigoroso ataque era el único medio de anonadar a éste; i desechando todo pensamiento de arreglo, se preparó para llevar adelante su plan de hostilidades (81).

(81) Tenemos a la vista una relacion prolija pero poco ordenada de estas negociaciones, escrita por el parlamentario Vega, o por alguién que la formó sobre las noticias que éste comunicaba. Se nos permitirá hacer en esta nota un extracto de ella.

La vanguardia del ejército patriota se había adelantado hasta el estero de Budi a dos leguas i media al norte de San Carlos, i acampó allí a toda intemperie en la noche del 13 de mayo. Los oficiales que formaban parte de ella, temian que el enemigo continuase el dia siguiente su marcha al sur, i sabian que estando lejos todavía las otras divisiones del ejército patriota, no sería posible alcanzar a aquél antes que pasara el rio Ñuble, en cuyo caso se hacia mucho mas difícil la persecucion. Uno de esos oficiales, el ayudante mayor don Manuel Vega, propuso a sus camaradas que él mismo se adelantaria esa noche hasta San Carlos, i que tomando el nombre del jeneral en jefe intimaria rendicion a los realistas, bajo la amenaza de caer sobre ellos con el poderoso ejército patriota, que no les daria cuartel. Los otros oficiales aprobaron este proyecto, i Vega partió acompañado solo por un tambor i un guía.

Al amanecer llegó a la villa de San Carlos, a cuya entrada fué detenido por los centinelas realistas. Habiéndose anunciado como parlamentario del jeneral patriota, se le pidieron sus credenciales. Vega contestó que no las tenia, que su comision era puramente verbal, i que no eran necesarios tales poderes para intimar rendicion a nombre de un ejército numeroso que se hallaba muy cerca i que estaria a la vista en pocas horas mas. Informado Pareja de estas ocurrencias, mandó que introdujeran a su presencia al pretendido parlamentario. Cuando Vega le espuso detenidamente el objeto de su mision, el jeneral realista le contestó estas palabras: "Amigo mío, Dios sabe que no he venido a Chile a hacer correr una sola gota de sangre. En cuanto a la contestacion que deba darse a sus proposiciones, he autorizado para ello al mayor jeneral para que de acuerdo con un consejo de oficiales, resuelva lo que deba hacerse." Pareja, a pesar de su aparente entereza, se hallaba visiblemente agobiado por una grave enfermedad.

Antes de pasar adelante, conviene advertir que el mayor jeneral era don Ignacio Justis, gobernador, como sabemos, de Chiloé, que habia acompañado al ejército expedicionario, pero que a pretexto de enfermedad se habia quedado en San Carlos cuando Pareja se habia adelantado hasta el Maule. Ahora se le habia reunido de nuevo; pero parecia sobrecojido de pavor por la ruina del ejército realista, que juzgaba próxima e inevitable. Los demas oficiales parecian mas animosos. Despues de una conferencia celebrada mientras Vega permanecia en una sala aparte i con centinela de vista, llamaron a éste para que espusiese el asunto que lo habia llevado allí; i tratándolo con gran franqueza, le ofrecieron un desayuno que le sirvió el ayudante de Pareja don Antonio Quintanilla. La conversacion se prolongó largo rato, como si las dos partes quisieran demorar la solucion. Vega, en efecto, queria ganar tiempo para que todo el ejército patriota alcanzara a reconcentrarse en un punto inmediato.

En esos momentos se comunicó que mientras se estaba negociando, los patriotas

Los jefes realistas debieron creer tambien que esas negociaciones no habian de conducir a ningun resultado práctico, desde que ellos no podían en manera alguna reconocer la situacion creada en Chile por la revolucion, i desde que los patriotas se mostraban obstinadamente resueltos a no tratar sobre otras bases. En la misma noche, calculando

---

habían ejercido actos de hostilidad apoderándose a viva fuerza de algunos equipajes de los realistas. El hecho era cierto. Una pequeña partida patriota capitaneada por un clérigo nombrado don José Meneses, habia apresado el equipaje de un oficial apellidado Hurtado (probablemente el mismo que poco ántes habia servido de parlamentario) i apoderándose de la ropa, una parte de la cual repartió a sus soldados, de algunas onzas de oro sellado, i de un baul lleno de pastillas de zahumerio traídas de Lima. Vega declaró que ese acto, ejecutado sin conocimiento de los jefes, seria reparado como convenia. Los jefes realistas, despues de tratar estos diversos asuntos, manifestaron buenos propósitos de capitular sobre bases honrosas; pero declararon al parlamentario que para celebrar el pacto era preciso que volviese con credenciales escritas. Vega regresó entónces a Budi a reunirse con los suyos. Don Luis Carrera, jefe de la primera division patriota, que habia llegado allí, se mostraba receloso por el retardo de este agente oficioso, i habia dispuesto que saliese otro oficial a reclamar contra su detencion.

Vega dió cuenta del resultado de su tentativa de negociacion. El cónsul Poinsett, que marchaba con la primera division, creyó que las circunstancias eran propicias para obtener la rendicion de los realistas. El mismo redactó el oficio que debia llevar a San Carlos el parlamentario; pero como era preciso que ese oficio fuese firmado por don José Miguel Carrera, despachó un chasque a encontrar a éste en el camino. Todo quedó arreglado en pocas horas; i al oscurecerse regresaba el ayudante mayor don Manuel Vega al cuartel jeneral de los realistas. Llevaba consigo quinientos pesos en dinero para pagar al oficial Hurtado el despojo de su equipaje.

Don José Miguel Carrera, que ha contado estos hechos mui sumariamente en su *Diario militar*, dice que en el oficio de que fué portador el ayudante Vega, hacia a los realistas "proposiciones mui razonables." Segun ellas, el ejército enemigo entregaria las armas, i serian enviados al Perú los jefes i oficiales que lo solicitasen. El padre Martinez, que conoció el oficio de Carrera así como la contestacion de Pareja, no los ha insertado íntegros en su *Memoria histórica*, limitándose a copiar solo las primeras palabras. Véase la página 170, donde dice que el oficio de Carrera era "ate-rrante."

En esta ocasion, Vega fué recibido con urbana cortesía por los oficiales realistas. Tuvo con ellos una conferencia que duró hasta cerca de media noche. A esa hora le entregaron un pliego firmado por el jeneral Pareja i dirigido a don José Miguel Carrera. Conservando su entereza i su arrogancia, se mostraba, sin embargo, inclinado a tratar, pero no indicaba base alguna. Proponia sí que dándose préviamente rehenes por una i otra parte, se nombrasen de cada lado dos plenipotenciarios encargados de discutir i celebrar el convenio. Pareja presentaba al efecto al mayor jeneral Justif, al intendente de ejército Lafuente i a su secretario el padre Armirall, para que Carrera eligiese entre ellos las dos personas con quienes quisiese tratar. Por lo demas,

que no podía tardar mucho el ataque con que se les había amenazado, hicieron salir para Chillan las municiones i bagajes de su ejército, escoltados por pequeños destacamentos tomados de cada cuerpo, i especialmente por los dragones, que formaban toda su caballería. El mayor jeneral Justis se encargó personalmente de esta operacion, lo que dió oríjen a que muchos de los suyos creyeran que no pensaba mas que en alejarse del sitio en que podía correr peligro. A esas mismas horas se pusieron en marcha los oficiales i soldados que se hallaban o se decian enfermos. El resto del ejército, en número de mil hombres escasos, quedó listo para partir en la mañana siguiente.

Miéntas tanto, las dos primeras divisiones del ejército patriota, despues de vencer todas las dificultades que les oponian las lluvias incessantes de esos días i los fangales del camino, se hallaron reunidas en Budi; i la tercera division, que marchaba mas atras a cargo del cuartelmaestre Mackenna, avisaba que llegaría pocas horas mas tarde. «Una espesa niebla envolvía nuestro campo, dice uno de los militares patriotas, i un continuo tiroteo resonaba en él, causado por las descargas de los fusiles, que se hacian para limpiarlos i para prepararse al ataque que debia seguirse pronto (82).» Al saber Carrera que los realistas habian seguido haciendo retirar sus tropas durante la noche, ordenó que la primera division, bajo las órdenes de su hermano don Luis,

---

manifestaba que tan pronto como volviese Vega con la contestacion, bastaría que éste se quedara en el cuartel jeneral realista para que de éste partiesen los dos comisionados que debian ajustar el pacto. Con esa respuesta regresó Vega al campamento patriota a media noche. La relacion que tenemos a la vista agrega que a causa del desórden que reinaba en éste, una guerrilla mandada por el alférez don Francisco Molina (conocido con el nombre de «el Catalan») que estaba de avanzada, hizo una descarga sobre el parlamentario, que por fortuna no causó avería alguna.

Carrera creía sin duda que en la angustiosa situacion en que se hallaban los realistas, no debia esperar ni recibir de ellos otra base de convenio que la de rendirse a discrecion. Pensando quizá que la conferencia a que se le invitaba no habia de dar un resultado favorable, i persuadido ademas de que las ventajas de su situacion militar le daban un poder irresistible, no quiso continuar las negociaciones i se dispuso a abrir las hostilidades.

Esta relacion, que reviste todos los caracteres de la verdad, parece haber sido conocida por el autor o autores de la *Memoria de los hechos mas notables de la revolucion de Chile*, atribuida al jeneral O'Higgins (véase el cap. VIII), acerca de la cual daremos mas adelante algunas noticias bibliográficas. Hemos querido consignar aqui estos prolijos detalles porque ademas de poseer cierto interes, contribuyen a dar a conocer la situacion respectiva de los dos ejércitos beligerantes en el momento de abrirse la campaña.

(82) Benavente, *Memoria sobre las primeras campañas*, cap. 3.



avanzase rápidamente i fuese a colocarse al sur de la villa de San Carlos para cortar la retirada al enemigo.

Por mas prisa que se diese don Luis Carrera para ejecutar este movimiento, llegó a los suburbios del norte de San Carlos cerca de las diez de la mañana, cuando el ejército realista acababa de abandonar la villa por el extremo opuesto. Sin pensar en detenerse para esperar mas fuerzas, la primera division continuó resueltamente su marcha, esperando alcanzar al enemigo i obligarlo a rendirse, o a lo ménos a detenerlo en su retirada, para dar tiempo a que fuese cortado i encerrado por las otras divisiones. Los soldados de don Luis Carrera marchaban alentados por un impetuoso entusiasmo.

Eran las once de la mañana, i el cielo comenzaba a despejarse dando mayor luz a los campos que habia empapado la lluvia de los días anteriores. Los artilleros realistas se habian detenido en su marcha para sacar las piezas que atrastraban difícilmente, cuando divisaron a retaguardia i a poco mayor distancia de un tiro de cañon, la division patriota que avanzaba rápidamente. Persuadidos de que era imposible continuar la retirada, i de que era necesario aceptar el combate en esas condiciones, los jefes realistas hicieron volver dos cañones i romper el fuego para detener el primer ímpetu del enemigo mientras se organizaba la defensa. A corta distancia de aquel sitio i al oriente del camino, se levanta una pequeña loma que domina todo el campo vecino. Esa altura fué elejida para formar la línea, i a ella se dirijieron apresuradamente las tropas, abandonando dos cañones que estaban atollados en el barro i cuyos montajes se habian inutilizado. El jeneral Pareja, imposibilitado por sus dolencias para dirijir el combate, conservaba, sin embargo, su entereza, i ya que le era imposible montar a caballo, no quiso que le retiraran del campo; pero, confió verbalmente el mando de las tropas al capitan don Juan Francisco Sanchez, comandante accidental del batallon veterano de Concepcion.

Bajo las órdenes de éste, i con la eficaz cooperacion de don Luicas Molina, comandante del batallon de Valdivia, se tendió la línea en la altura de esa loma, dando su frente al noroeste, que era el lado por donde avanzaban los patriotas, i doblando sus dos estremidades para defender sus flancos. La artillería útil de que podia disponer, compuesta de veintisiete cañones de cuatro i de a ocho, fué convenientemente distribuida en diversos puntos de la línea. Allí no habia un solo soldado de caballería; los pocos dragones que hasta entónces escoltaban al ejército realista habian partido a alcanzar las cargas que iban adelante para traer al campo algunas municiones que podian hacer falta.

Los bagajes i carretas que todavía quedaban en el campo, fueron colocados delante de la línea para defensa de los fusileros. Algunos padres franciscanos del colejo de Chillan recorrían las filas inflamando con sus palabras el valor de los soldados. Uno de ellos, un fraile catalan, frai Antonio Banciella, predicaba a la tropa con un crucifijo en la mano, esplicando que la guerra contra los insurjentes era la guerra contra los enemigos de Dios. Apénas formado, ese cuadro rompió sobre las columnas patriotas que continuaban avanzando un vigoroso fuego de artillería que dirijia personalmente el comandante don José Berganza.

Aquella posicion habia llegado a hacerse formidable. La primera division del ejército patriota comenzó a cañonear a los realistas con las únicas dos piezas que tenia; pero éstas se desmontaron al poco rato, haciendo así mas ventajosa la situacion del enemigo. Sin embargo, esa situacion habria sido insostenible, si los patriotas, aprovechando su superioridad numérica, i colocándose fuera del alcance del cañon de los realistas, hubieran rodeado a éstos por todas partes quitándoles toda posibilidad de retirarse. Este fué, sin duda, el plan de don José Miguel Carrera; i al efecto, al tender su línea en los momentos en que entraba en combate la segunda division, colocó en frente de la loma sus mejores tropas, i mandó que las milicias de caballería ocupasen los extremos para formar un círculo adonde no alcanzaran los fuegos del enemigo, i que cortase a éste toda retirada hácia las orillas del Nuble. Pero esta operacion, por sencilla que fuese, exijia subordinacion en los jefes i oficiales i disciplina en la tropa, condiciones ámbas que faltaban en aquel ejército. El comandante jeneral de la segunda division don Juan José Carrera, «lleno de ignorancia e insubordinacion, dice su propio hermano don José Miguel, apénas formó en batalla i me separé de él, cuando mandó a sus granaderos atacar a la bayoneta i corriendo. No habian andado doscientos pasos cuando empezaron a recibir las descargas de la artillería realista, i su estruendo, unido al cansancio los dispersó en una pequeña quebrada que estaba al pié de la posicion del enemigo (83).» Desordenado el batallon de granaderos, abandonado por dos de sus capitanes, Portales i Tuñon, su tropa se dispersó en pelotones que mantenian un fuego graneado, pero absolutamente ineficaz. El batallon de infantes de la patria, que siguiendo el ejemplo de los granaderos, intentó atacar el cuadro realista, retrocedió en el mismo desórden desde

---

(83) *Diario Militar* de don José Miguel Carrera.

que comenzó a sufrir los fuegos de cañon que se le dirijian desde la loma. Otros accidentes contribuian a hacer mui crítica la situacion de los patriotas. La artillería de la segunda division se desmontó a los primeros tiros; i dos de sus oficiales, el capitan don Joaquin Gamero i el teniente don Nicolas García, se mantuvieron sentados sobre sus cañones para defenderlos. Las milicias de caballería, encargadas de cercar al enemigo por la espalda, no supieron ejecutar este movimiento por impericia de sus jefes. En vez de dar un rodeo para evitar los fuegos de la artillería realista, se pusieron imprudentemente a su alcance i se desordenaron cuando recibieron los primeros tiros. El rejimiento de Melipilla que mandaba don Baltasar Ureta, desobedeciendo las órdenes del jeneral, habia intentado, a la voz de su jefe, atacar el cuadro realista, pero tuvo tambien que retirarse en completa dispersion.

«La accion, dice el jeneral en jefe, presentaba en esos momentos un aspecto poco lisonjero.» En realidad, la derrota de los patriotas parecia inevitable despues de dos horas de combate. Los realistas, firmes en sus puestos, i casi sin sufrir pérdidas en su número, veian agotarse sus municiones de artillería, pero conservaban intactas las de fusil, i se disponian a aprovecharse de la confusion de los patriotas para caer sobre los desordenados pelotones de éstos i consumir la victoria. Don José Miguel Carrera que observaba a la distancia este desórden de sus tropas, creia que solo el arribo de la tercera division podia evitar el desastre, i repetia sus órdenes al cuartel maestre Mackenna para que acelerara la marcha i viniese a hacer un último esfuerzo. Al caer la tarde llegaba esa division al campo de batalla; pero como anteriormente se le hubieran sacado algunos de sus cuerpos, estaba ese dia compuesta de cuatro piezas de artillería pesada, una brigada de seiscientos milicianos mandados por O'Higgins, i el batallon de voluntarios de la patria que no contaba mas de cien hombres faltos de toda disciplina i de los cuales solo veinte o treinta tenian fusiles útiles. Al llegar al campo, la desercion redujo mucho mas este cuerpo, i sus oficiales a solo dos, el comandante Pérez Cotapos i el capitan don Francisco Cruz, muerto casualmente por uno de sus soldados en los momentos de entrar en accion.

Poco habia que esperar de este refuerzo. Mackenna, sin embargo, se adelantó a reconocer las posiciones del enemigo, i fué a colocarse a sus espaldas para cerrarle el camino hácia Chillan. O'Higgins dispersó un destacamento de caballería que venia de las oillas del Ñuble trayendo municiones a los realistas. La artillería de éstos, que habia funcionado desde la mañana, comenzaba a apagar sus fuegos por falta de proyecti-

les, pero la infantería, que estaba fresca i bien provista de municiones, comenzó a bajar de la loma para acabar la dispersion de los patriotas. «Entónces, dice Mackenna, mandé que toda la caballería atacase el cuadro realista, como un acto de desesperacion i único capaz de salvar el ejército. El coronel O'Higgins avanzó con la mayor intrepidez, como otros varios jefes i cuerpos, hasta que otro coronel gritó de entre las filas que era sacrificar la caballería hacerla atacar un cuadro. A esta voz, los milicianos, en lugar de avanzar, empezaron a hacer remolinos i a triplicar i cuadruplicar su fondo. Este movimiento rápido de la caballería, aunque no se verificó el ataque, impuso, segun me persuado, al enemigo, i le impidió salir del cuadro (84).»

La noche vino a poner término a aquel combate. Las tropas patriotas se retiraban desordenadamente hácia San Carlos, donde Carrera, segun dice él mismo, se proponia darles algun descanso, ordenarlas i renovar el ataque el dia siguiente. Mackenna i O'Higgins, que habian alcanzado a contener al enemigo, fueron los últimos que se retiraron del campo, despues de haber dado una vuelta por el lado del oeste para recojer los dispersos. «Luego que llegué a San Carlos, dice Mackenna, informé al jeneral del estado en que conceptuaba se hallaba el enemigo, que para observarlo era indispensable poner gruesas guerrillas sobre el cuadro, i en el caso de movimiento, picarle la retaguardia; pues aunque nuestro ejército se hallaba en desórden, mas apurado se hallaba el enemigo. Respondióme don José Miguel haber mandado que toda la gran guardia se colocase cerca del cuadro i que diese aviso al menor movimiento. Durante la noche no se recibió un solo parte, de lo que se inferia que el enemigo estaba quieto (85).» A pesar de esta confianza, que como vamos a verlo, era muí infundada, la noche se pasó en San Carlos en medio de la mayor confusion. Los patriotas habian dejado en el campo cerca de cien muertos, i tenian en la villa mas de setenta heridos que en un hospital improvisado asistia pobremente un solo cirujano, don José Olea, hombre de escasos conocimientos profesionales, i faltó ademas de los recursos indispensables en tales casos. Pero nadie podia darse cuenta cabal de las pérdidas sufridas en el combate, porque la dispersion de las tropas era causa de que muchos soldados se hubieran esparcido en los campos vecinos o en algunas habitaciones del pueblo sin que los jefes i oficiales conocieran su paradero. Algunos de estos últimos, exajerándose la importancia del

(84) Mackenna, *Informe sobre la conducta militar de los Carreras*, páj. 20.

(85) Mackenna, *Informe citado*, páj. 21.

contraste sufrido i considerándolo un desastre irreparable, creían que la tropa no se hallaba en estado de emprender un nuevo ataque. Uno de ellos era el comandante de la segunda division don Juan José Carrera, a quien su propio hermano el jeneral en jefe acusaba de haber comprometido el éxito de la jornada. Recordando la dispersion de su propio cuerpo i suponiendo una baja considerable en los otros, pedía con toda instancia que el ejército repasase el Maule para reorganizarlo convenientemente (86).

Es doloroso recordar entre los sucesos de aquel dia un acto de verdadera inhumanidad que la pasion de algunos realistas ha exajerado sin duda, pero que aun reducido a sus verdaderas proporciones, el historiador no puede dejar de condenar. En los primeros momentos del combate, cuando los realistas comenzaron a formar su línea en la altura de la loma de que hemos hablado, algunos oficiales i soldados de pocos ánimos, creyéndolo todo perdido, tomaron la fuga hácia el sur i fueron a anunciar a Chillan la derrota inevitable de sus tropas, mientras otros corrieron a ocultarse a un bosquecillo vecino, donde fueron hallados por los soldados dispersos de la primera i segunda division del ejército. Aquellos infelices, algunos de los cuales se habian subido a los árboles para ocultarse, fueron casi todos inhumanamente fusilados (87). Esta

---

(86) Don José Miguel Carrera que ha contado este incidente en su *Diario militar*, dice tambien que uno de los oficiales que le pedían el retiro del ejército al norte del Maule era el cuartel maestre Mackenna. De las otras relaciones, resulta por el contrario que él fué, en esa noche i en la mañana siguiente, el mas empeñado de los jefes patriotas en marchar sin tardanza sobre el enemigo. Ya hemos dicho que Carrera escribió su *Diario* en 1815, cuando estaban mas exacerbados las enemistades i los odios que dividieron a los patriotas, i que en ese estado de los ánimos las acusaciones de esa clase eran frecuentes, siq ser siempre fundadas.

(87) El padre Martínez, *Memoria histórica*, páj. 174, hace subir a ciento el número de estas víctimas, i acusa a don Luis i a don Juan José Carrera como ordenadores de su ejecucion, agregando que los infelices sacrificados tan inhumanamente, eran los prisioneros tomados al enemigo en los dias anteriores de los rezagados que los realistas iban dejando en el camino. Según los informes que recojimos en otras fuentes, i sobre todo los que hace mas de treinta años nos dió el jeneral don José Santiago Aldunate, que asistió a este combate en calidad de ayudante de granaderos, no pasaban de veinte o treinta, i eran, como decimos en el texto, soldados chilotos que habian huido de las filas realistas al principio de la accion, i que incapaces de oponer la menor resistencia, se rendian humildemente. El alma honrada de Aldunate condenaba con toda enerjía aquella cobarde brutalidad.

El combate de San Carlos ha sido referido por varios de sus actores. El parte oficial dado por Carrera el dia siguiente al gobierno de Santiago, lleno de exajeraciones que señala el padre Martínez en el lugar citado, no da idea clara de la jornada.

injustificable ferocidad ejercida sobre fujitivos que no podían oponer resistencia i que se rendían humildemente, fué condenada por todos los hombres de corazón que había en el ejército chileno.

11. Los restos del ejército realista se retiraron a Chillan. 11. Fuera de estas pérdidas, los realistas no habían tenido mas que cinco muertos i quince heridos. Al suspenderse el combate, tenían tres cañones inutilizados que era preciso abandonar, i sus municiones de artillería se hallaban casi agotadas; pero su infantería estaba fresca e intacta, i bien provista de cartuchos de fusil. Por mas que Sanchez hubiera conseguido dispersar el enemigo, su situacion era insostenible si los patriotas lo atacaban el dia siguiente con mas órden, o si solo corrían a cortarle la retirada a Chillan, lo que era una empresa fácil desde que para llegar a esa ciudad era preciso atravesar el caudaloso rio Ñuble,

---

da ni tiene valor histórico. No sucede lo mismo con la descripción que ha hecho en su *Diario militar*, i que don Diego José Benavente ha reproducido casi textualmente i modificando muy poco la redacción, en su *Memoria* citada, cap. 3, porque si bien no es completa i contiene opiniones i algunos errores de detalle, obra unos de olvido i otros de pasión, es jeneralmente exacta. La de Mackenna en el *Informe* a que nos referimos, si bien destinada a acusar a Carrera de todo jénero de faltas militares, contribuye considerablemente a dar a conocer los hechos. Por parte de los realistas existen las relaciones que nos han dejado el coronel Ballesteros i el jeneral Quintanilla, ambas sumarias, pero exactas i comprensivas. Mas estensa i noticiosa que ambas es la que ha hecho el padre Martínez en las páginas 171-73 de su *Memoria histórica*, completando i rectificando las noticias que contiene el parte dado por Sanchez al virrey del Perú, con los informes que le suministraron algunos de los militares i de los misioneros que se hallaron en la acción. Las diverjencias que se hallan en estas relaciones, son solo de accidentes: todas ellas están conformes en el cuadro jeneral de los hechos.

En lo que no existe conformidad es en el número de los combatientes. Los realistas hacen subir el ejército chileno a diez i doce mil hombres, suponiendo que Carrera llevaba consigo todas las tropas que había reunido en Talca. El historiador Español Torrente, que solo da a los suyos quinientos hombres, es quizá el mas moderado para computar a los enemigos; pero dice que tenían tres mil soldados disciplinados i seis mil milicianos de caballería. Don José Miguel Carrera, por su parte, en su *Manifiesto a los pueblos de Chile*, publicado en Montevideo en 1818, página 7, en que pretende presentar este deplorable combate como uno de los mas gloriosos hechos de la historia, i comparable a las legendarias victorias de la antigua Grecia, asienta que ese dia no tenía a sus órdenes mas que tres mil hombres, mientras que Sanchez estaba al frente de seis mil, de los cuales la mitad era de caballería. La verdad es que los realistas tenían en el combate de San Carlos mil hombres escasos, mientras los patriotas contaban cerca de cinco mil; pero, como ha podido verse, la superioridad de disciplina, de armamento i de posiciones, estaban por los primeros; i estas ventajas, unidas a la grande impericia de los jefes patriotas, salvaron a aquellos de un desastre que parecia inevitable.